

VENEZUELA IMÁN DE JOSÉ ANTONIO RIAL: DOCUMENTO DE LA HISTORIA SOCIAL DE LOS CANARIOS EN VENEZUELA

María Victoria Gómez Medina

La emigración ha sido un fenómeno de gran importancia en las Islas Canarias, y Latinoamérica un destino fundamental dentro de la diáspora isleña por todo el mundo. Venezuela se convirtió en uno de los países americanos elegidos por una gran mayoría de canarios. Las relaciones entre Canarias y Venezuela no constituyen un hecho del pasado, actualizándose, en este sentido, en la reacción del pueblo canario ante los sucesos acaecidos, en el mes de diciembre del pasado año, en el país de Simón Bolívar. La emigración es, por tanto, un elemento decisivo dentro de la historia social de los canarios. Siendo esto así, no es de extrañar que este devenir histórico quedara plasmado en ciertos textos de la literatura venezolana. Como afirma Mijail Bajtin, la literatura produce “Un enunciado vivo, aparecido conscientemente en un momento histórico determinado, (...) no puede dejar de participar activamente en el diálogo social”.¹ Nosotros queremos centrar nuestra atención en la novela *Venezuela imán* de José Antonio Rial (1911), obra en la que queda retratado el destino de muchos canarios en tierras venezolanas.

Y es que la presencia canaria en territorio venezolano data del siglo *xvi*. Cuando todavía las propias islas estaban siendo colonizadas, algunos de sus pobladores acuden a Venezuela atraídos por el mito de El Dorado. Pero será sobre todo a partir del siglo *xvii* cuando empiece a generalizarse el traslado de familias de origen canario para poblar estas tierras. Las razones son diversas, por una parte, tendríamos que mencionar la labor evangelizadora de los misioneros, que demandaba la presencia de familias cristianas; a la vez que también motivos económicos (el control del comercio con las Indias o la ruptura del monopolio sevillano), factores que constituyeron auténticos móviles del viaje transoceánico. De esta manera se forman *villas* como la de Rosario de Perijá, en el estado de Zulia, fundada en 1731 con veinte familias canarias, y se puebla gran parte del territorio central venezolano. Más adelante, otras familias de origen canario irán emplazándose en el valle de Caracas, los Llanos, Valencia, áreas todas caracterizadas, en este momento, por la explotación agrícola y ganadera. Asimismo, los isleños se establecerán en zonas costeras como Coro, Puerto Cabello o La Guaira, dedicándose a actividades pesqueras y de contrabando. También trabajarán en actividades comerciales como pulperías o mercaderías.

A finales del siglo *xviii*, ya se aprecia un cambio en la emigración isleña, que deja de ser familiar para personalizarse la figura del emigrante masculino que se aventura en soledad, dejando o no a su familia en Canarias. Desde este momento, la diáspora a Venezuela se convertirá en una constante. Ya en el siglo *xx*, será en los años cincuenta y sesenta cuando la afluencia migratoria a Venezuela sea mayor. El país se convierte entonces en receptor no sólo de canarios, sino de individuos de las más variadas procedencias que venían huyendo de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial.²

Un fenómeno de tan marcada importancia en la historia de Canarias y de Venezuela ha tenido ciertas resonancias en el terreno de la ficción literaria, si bien este aspecto no ha sido

suficientemente estudiado por la crítica. Podemos encontrar vestigios del tránsito de viajeros en la obra de autores de las islas como Silvestre de Balboa, Nivaria Tejera o Ángel Guerra.³ Sin embargo, como dijimos, queremos centrar nuestro estudio en la obra del autor de origen canario José Antonio Rial. Este literato, nacido en San Fernando de Cádiz, pero que a la edad de dos años se traslada a la isla de Lobos (donde su padre trabajó como farero), participó activamente en la vida cultural canaria, colaborando en la prensa de la época: *La Tarde*, *La Verdad*, *La Prensa*, o la revista *Gaceta de Arte*. Tras la guerra civil, después de haber pasado por la cárcel,⁴ se trasladará a Venezuela, integrándose en la vida intelectual del país. Recientemente, ha colaborado con la prensa del archipiélago, en concreto con *La Gaceta de Canarias*, realizando, cada domingo, una crónica de la situación socio-política y económica del país venezolano.

Habiendo vivido el fenómeno de la emigración de una forma tan directa, no es extraño que José Antonio Rial plasmara estas vivencias en su producción literaria. En este sentido, tenemos que destacar la novela *Venezuela imán* (1955).⁵ Los protagonistas de esta obra, José Guillermo Torres y Silveria, han arribado al país venezolano desde Canarias. Vivirán en el país receptor una tormentosa relación de amor-odio, mientras conviven con múltiples personajes, que habiendo llegado de todos los puntos de Europa se enfrentan a la nueva realidad venezolana. Estamos, pues, ante una obra en la que los motivos migratorios son algo más que el marco de la acción narrativa, convirtiéndose en los verdaderos protagonistas del libro. De hecho, la veracidad de los sucesos referidos en la obra, su objetividad o historicidad, si se quiere, es resaltada por el propio autor en dos “notas” situadas al principio de la novela. En la primera, describe la obra como una “crónica de incidencias sufridas por el que relata”, en la segunda el autor afirma:

Ningún personaje de esta novela es de ficción, pero tampoco ninguno de ellos es absolutamente real. El autor ha tomado todos sus datos de la vida, pero se ha permitido la libertad de componerlo a su arbitrio. A veces ha respetado un ángulo, un hombre o una situación y se ha limitado a describir lo que veía, pero casi siempre su labor ha sido la de reconstruir la realidad (...). Cuanto aquí se dice o se describe corresponde a algo objetivo... (p. s. n.)

Por tanto, *Venezuela imán* intenta reconstruir la realidad del país durante los años 50, una realidad marcada por una constante afluencia migratoria tanto legal como clandestina procedente de todas las zonas de Europa. Los isleños forman parte del mosaico humano que va conformando el espacio histórico de la época. Desde el principio de la obra hay alusiones a los canarios como los primeros en lanzarse a la aventura de la emigración:

Desde los tiempos de la colonización se viene a América en busca de libertad o de oro (...). Los insulares de Canarias se distinguieron en este afán, y se adueñaron de goletas y pailebotes de sus flotas pesqueras para venirse a Venezuela, indocumentados, sin tripulantes a bordo que supieran de navegación de altura, faltos de aparatos náuticos, carentes de agua y de vituallas y con un pasaje que incluía mujeres y niños, tan numeroso, que no tenía espacio en las bodegas sino para estar sentado o mal tendido, durante los dos meses que, como mínimo, duraba la travesía (p. 55).

Se va conformando el movimiento migratorio como una “tremenda aventura” (p. 55), tanto para aquellos que viajan con sus documentos en regla, los menos, como para aquellos que se lanzan hacia América por medios ilegales. De este último aspecto, abundan los ejemplos en la

obra, situándose el archipiélago como punto fundamental para acceder a este tipo de emigración. En este sentido, se mencionan barcos que “fueron considerados piratas porque se hicieron a la mar clandestinamente, burlando a las autoridades de los puertos de las Islas Canarias” (p. 56), e incluso se hace referencia a la frecuencia de estas aventuras ilegales: “Cada semana salía uno de estos veleros, de una playa cualquiera de alguna de las tres islas principales del Archipiélago: Tenerife, Gran Canaria o La Palma” (p. 56).⁶

Este tipo de emigración ilegal no estaba exenta de estafas por parte de los patrones de los barcos:

En los puertos se llevaba el secreto de la aventura entre mucha gente, a veces entre miles de personas y, en ciertos casos, todo el proyecto del viaje era sólo una estafa de grandes dimensiones, en la que caían incautos que habían vendido hasta el colchón de la cama matrimonial para comprar un pasaje (p. 56).⁷

El testimonio de la llegada de estas embarcaciones va quedando en los puertos venezolanos de Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná, Cupáramo... Se van amontonando “Barcos de uno, de dos, de tres palos y hasta botes con los que sería temerario arriesgarse a más de diez millas de la costa” (p. 56); son pruebas vivas de la afluencia humana desde tierras canarias.

En particular, se narra, en esta novela de Rial, la aventura de la embarcación llamada “Alegranza”, en la que arriba a tierras venezolanas, procedente de Tenerife, Silveria. Se nos relata así como cien personas- setenta hombres, cuatro mujeres y dos niños, a parte de la tripulación- se arriesgan en un barco ajado, “un barco podrido” (p. 251), poniendo proa al mar el día 10 de marzo de 1949. El primer paso es ir hacia El Hierro, “temiendo a cada minuto que las embarcaciones de la vigilancia costera nos lleven presos”, dice un personaje. Allí, tras esperar los ansiados alisios que impulsen el velero, comienza la proeza atlántica, llena de vicisitudes, para terminar, en palabras de uno de los viajeros:

como en el viaje de Colón; unas aves, unas semillas flotando, unos troncos, perfumes de tierras tropicales y, al fin, el fuego verde de Venezuela, ardiendo entre las nieblas del horizonte, y aquella locura de a bordo, carreras y cantos y risas por la cubierta. Pero al llegar al puerto nos pusieron vigilancia y nos sentimos presos y como fracasados (p. 254).

Así terminan muchas de las embarcaciones que logran atravesar el océano, es el fin de una odisea pero el comienzo de otra mayor, la supervivencia en el nuevo país, la adaptación a la otredad, a lo extraño. Y es que la novela se centra en este proceso de aclimatación, en el choque entre los sueños y la realidad. Venezuela se presenta como un espacio mítico para los que anhelan la llegada al país. Como se afirma en la obra, es la esperanza constituye el acicate que impulsa a los temerarios viajeros a través del Atlántico:

Si Venezuela no hubiese sido como un mito, un país cuyas excelsitudes nadie discutía a bordo de estas goletas, que cruzaban el océano fiando en la suerte y la ventura que esperaba a sus gentes, una vez corrido el albur de la travesía, la mitad de estas naves de fortuna, mal armadas y desprovistas de lo más elemental para una navegación trasatlántica, habrían zozobrado sin remedio (p. 55).

En palabras del profesor Juan-Manuel García Ramos se contemplaba el territorio americano “como remotas posibilidades, como imágenes inacabadas. Sueños premonitorios”.⁸ Las tierras venezolanas se perciben desde una posición idealizada, como un espacio paradisiaco, “un poema inmenso de tierras y ríos”, que traslada a los personajes al terreno del mito:

Venezuela es aquella tierra de El Dorado, del imán maldito que perdiera Jiménez de Quesada, que arrastrara hasta al infierno verde al capitán Antonio Berrío, a Walter Raleigh y al Tirano Aguirre. Allá en el fondo de la Guayana, la mágica Manoa, de murallas de oro, sigue brillando para los ambiciosos. Y ahora las fuentes inagotables del petróleo son unos motivos más de hechizo de este país sirena, del que los inmigrantes sólo saben leyendas (p. 17).

El mito se ve reforzado, además, por las inmensas riquezas naturales del país, que impulsan a los emigrantes a emprender el largo viaje:

A muchos de los extranjeros que llegan del Viejo Mundo o de la misma América, pero sobre todo de la asolada Europa de esta postguerra, le interesan la ciudad y el país semideshabitado que comienza aquí mismo, en los lindes de la urbe, sólo porque produce ingentes cantidades de petróleo, porque hay minas de hierro en las montañas de Imataca, en cerro Bolívar, oro en el río Yururary y diamantes en el Caroní (p. 16).

Por tanto, junto a esa mirada idealizada que recae sobre Venezuela, contemplamos también los motivos materiales, que son los que, en la mayoría de los casos provocan el traslado, y es que “a Caracas no se venía a escribir versos, sino a ganar bolívares”. Como se expresa en la novela refiriéndose a los emigrantes:

No todos vienen a lo mismo. La mayoría sólo quiere trabajar en paz, pero también hay quienes creen que aquí se hace fortuna rápidamente y aspiran para a dinero por cualquier medio, y a irse lo más pronto posible. Otros buscan sentirse libres y sin temores ni angustias (p. 43).

Vemos, en este fragmento, como se añade una nueva causa a la emigración: la búsqueda de la libertad. Desde este punto de vista, Venezuela es el sueño de muchos de los desplazados europeos, de la gente que habían sufrido los horrores de los campos de concentración o de las cárceles franquistas. Afirma uno de estos personajes de la novela que “era mentira que nos atrajera el oro o que fuera Manoa el motivo de nuestro arribo a Venezuela. De verdad, cuando hablábamos de Caracas entre las alambradas, (...) no pensábamos en el petróleo, sino más bien en esa ciudad ideal (...). Lo que soñábamos era la metrópoli ideal para un mundo que no puede ser” (p. 77).

Por medio de todos estos datos va conformando José Antonio Rial un retrato del emigrante, que afronta el nuevo país cargado de esperanzas que muchas veces se desvanecen nada más empezar la lucha. Vemos a seres vencidos por:

un mal, difícil de curar, que ataca a ciertos inmigrantes: tenía miedo (...). El miedo a Caracas, a no conseguir trabajo en aquella ciudad extraña donde no conocía a nadie, y la angustia de tener limitado el tiempo por el embarazo de su mujer, a la que había prometido mandar dinero... (p. 40).

Vemos asimismo la soledad del recién llegado, que lleva a exclamar al protagonista: “Me encuentro absolutamente sólo, como cualquier inmigrante” (p. 35). Un sentimiento de orfandad por el alejamiento de la familia, de las raíces, de la mujer que se ha dejado atrás (esperando). Se dice en un momento de la obra:

El gobierno venezolano debería obligarnos a traer las esposas enseguida o a casarnos aquí, porque nosotros no vivimos en el país sino para trabajar, y hemos perdido la alegría... (p.45).

Sin embargo, aquello que en ocasiones es causa de angustia, en otras implica un profundo sentimiento de libertad: “Pensar que me hallaba en una ciudad completamente extraña, donde nadie de mi familia había vivido nunca y donde no tenía pariente alguno, era siempre un deleite, sobre todo porque ello implicaba aventura, libertad” (p. 121).

Además de este retrato de los inmigrantes realizado por ellos mismos, también vemos la visión del venezolano ante este fenómeno que está cambiando definitivamente la faz del país, y que, junto a la modernización generada por el *boom* petrolero, está transformando a Venezuela, pero sobre todo a Caracas, en un espacio desconocido, transculturado en definitiva:

Caracas crece y bulle con dolor de los más, con sufrimiento de los elegantes de ayer -orgullosos provincianos a los que la riada inmigrante ni respeta ni comprende-, que siguen manteniendo sus modales y sus prejuicios, en una urbe de gigantescos andamios, que no es el pequeño teatro de 18..., con sus generales, sus cortesanos y su élite social. (...) ¿Qué sabe el inmigrante de hoy del criollo de 18..? (p. 15).⁹

Como vemos, la inmigración coincide, en estos años, con una etapa de gran desarrollo del país debido a las sustanciosas rentas del petróleo. Estamos inmersos en el periodo dictatorial de Marcos Pérez Jiménez (1914), que aprovechó la bonanza económica para construir una nueva Caracas:

la ciudad crece por días y de la amable y señorial villa antigua, de aquella Santiago de León de Caracas, cuadrículada, hecha de casonas andaluzas con ventanas enrejadas, grandes patios soleados y aposentos umbríos y conventuales, no va quedando sino el barrio de la Pastora. La madre sensible y grácil sucumbe en el parto y da a luz un monstruo altivo y escaso de cerebro (p. 26).

Caracas seguía creciendo en todas las dimensiones. Anchas avenidas que iban hacia el Este y otras que se abrían paso hasta el corazón mismo de la ciudad vieja, se encendían en la noche con luces verdosas de vapor de mercurio y con rojos, esmeraldas y ambarinos focos, de los semáforos recién instalados (p. 150).

Los emigrantes, participarán en la renovación de la ciudad, en la edificación del nuevo espacio anárquico e irregular de la “ciudad iguanodonte” (p. 15) que está sustituyendo a la pequeña y provinciana Caracas del pasado:

Caracas tiene sus criollos, sus mestizos, sus zambos, sus negros y sus indios, y ahora tiene inmigrantes de todas las latitudes, ávidos de faena, capaces de levantar un rascacielos en una noche, como los pólipos edifican una isla en los mares cálidos (p.15).

Esto, unido a otros factores, como el intrusionismo económico de potencias extranjeras para la explotación del petróleo, hace surgir la desconfianza del venezolano ante los recién llegados:

El petróleo para nuestro país ha sido una revolución; nos ha desarraigado de la tierra y quién sabe hacia dónde nos llevará. Y la inmigración, que nos encuentra fuera de nuestras habituales tareas y viviendo en las ciudades, puede acabar con la fisonomía de un pueblo tan definido como el nuestro (p. 63).

La obra es también, pues, una descripción de la nueva urbe, de la repentina modernización de un país y del súbito cambio en el modo de vida de un pueblo. La apertura del país, como un factor más del cambio, no es siempre contemplada positivamente:

Se han abierto las puertas al extranjero, al inmigrante y a todos los hombres de Europa, pobres o ricos, ignorantes o sabios, sin pensarlo mucho, como si abrir las puertas no significara dejar de estar en casa y transformar el hogar en posada del camino (p. 74).

A pesar de este inicial recelo, triunfa la síntesis en el espíritu venezolano: “hay zonas donde se ha firmado un armisticio entre criollos e inmigrantes y comienza la fusión, que dará origen a una nueva tribu de la raza cósmica” (p. 18).

No queremos acabar nuestra exposición sin hacer mención del papel de la mujer en el proceso migratorio, elemento que también queda plasmado en *Venezuela Imán* a través de la figura de Silveria. Esta mujer emprende su aventura desde Tenerife, embarcada en el “Alegranza”.

En los años en que discurre la novela, finales de los 40 y década del 50, predominó la emigración masculina. Como afirma el estudioso Manuel Hernández González, el viaje se realizaba “en solitario” porque no se disponían de medios económicos para sufragar el pasaje de todos los miembros de la familia, y, además, porque no se podían abandonar de forma repentina las pequeñas propiedades que se explotaban en las islas.¹⁰ Esto se observa claramente al analizar el pasaje del *Alegranza*: setenta hombres y sólo cuatro mujeres. Sin embargo, más adelante, en los años 60, cuando el gobierno venezolano limita drásticamente la entrada al país de varones en solitario, la emigración femenina sobrepasará con creces a la masculina.

Pero, en el periodo en que Silveria emprende su aventura ilegal, las condiciones para que emigrara una mujer “en soledad”, eran aún más arriesgadas que las del hombre. Esto queda bien reflejado en la novela. Como afirma Jacinto Falcón, canario dueño del barco: “Las mujeres son una complicación en travesías como éstas”.

En la obra se describe como Silveria esperó dos días y una noche con su hijo en una playa desierta para poder embarcar. Se describe también una travesía en la que la mujer, además de enfrentarse a los peligros naturales, también ha de encarar los bajos instintos de los hombres de a bordo “en sesenta y tres días de alucinante navegar con rumbo incierto, sufriendo hambre, sed, miedo al mar y a los hombres de a bordo, tan inquietantes a veces como la propia aventura” (p. 56).

Se menciona en la obra como las mujeres viajaban, en lo posible, apartadas de los hombres, pero aún así surgen problemas:

Las mujeres que han estado metidas en la única camarera del barco, durante la navegación, salen en este día a cubierta y una de ellas, morena, delgada y de buen cuerpo, viste una malla negra, porque quiere bañarse (...), y noto que su presencia despierta entre los pasajeros unos apetitos que parecían ausentes de la goleta. (...) cuando le hablo me doy cuenta de que hemos embarcado a una prostituta, que se goza con despertar el deseo de tantos machos en abstinencia forzada. (p. 253)

Hemos de decir, por otra parte, que los factores económicos no parecen ser los que impulsen este tipo de emigración femenina. En el caso de Silveria, ésta huye a Venezuela en un intento de alejarse de su marido y en busca de la libertad. Para ella, Venezuela “significa vida nueva, sin recuerdos, borrón sobre todos los errores de ayer” (p. 34). La estudiosa Carmen Gregorio Gil afirma que los móviles migratorios de los hombres son económicos, y, en cambio, los de las mujeres, sociales. Estos motivos incluyen rupturas matrimoniales, embarazos prematrimoniales, viudedad, o la búsqueda de independencia familiar y social.¹¹ En este sentido, Silveria escapa de un matrimonio fracasado, pero su huida a Venezuela es, ante todo, ansia de libertad.¹²

Venezuela imán es, pues, una propuesta narrativa de la emigración. Estamos ante una novela que recoge un fenómeno social que marcará profundamente la historia de las Islas Canarias, pero que también cambiará la estructura social, cultural y económica de Venezuela. La literatura no puede quedarse al margen de la historia, sino que se alimenta de esa memoria, y esta obra es un perfecto ejemplo del estrecho vínculo que se establece entre la historia y la ficción. Retomando a Bajtin, el crítico afirma que la obra literaria “vive y tiene significación artística en una interdependencia tensa y activa con la realidad”.¹³

José Antonio Rial recupera la historia de un torrente de seres anónimos que conformarán las señas de identidad de la futura Venezuela, pero también de la futura Canarias. Como afirma Nieves María Concepción Lorenzo, esta obra es un exponente claro de la “poética de la canariedad que late en la literatura venezolana”.¹⁴

BIBLIOGRAFÍA

- BAJTIN, M. *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989
- CONCEPCIÓN LORENZO, N.M. “Ciudadanos de la ficción” en *Imagen*, Consejo Nacional de la Cultura, Caracas, nº 1, 1999, pp. 57-59.
- DÍAZ SICILIA, J. *Al suroeste de la libertad*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.
- GARCÍA RAMOS, J.M. *Por un imaginario atlántico*, Barcelona, Montesinos, 1996.
- GREGORIO GIL, C. *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*, Madrid, Narcea Ediciones, 1998.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. *Canarias: la emigración*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1995.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. *La emigración canaria a América (1765-1824)*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996.
- PFEIFFER, E. *Exiliadas, emigrantes, viajeras*, Madrid, Iberoamericana, 1995.
- RIAL, J.A. *Venezuela imán*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961.
- RIAL, J.A. *La prisión de Fyffes*, Caracas, Monte Ávila, 1969.
- RODRÍGUEZ CAMPOS, M. *La libranza del sudor. Inmigración clandestina de canarios a Venezuela. 1948-1951*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1989.

NOTAS

- ¹ BAJTIN, M. *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, p. 94.
- ² Con respecto al tema de la emigración canaria, véanse los numerosos trabajos, de todos conocidos, que el estudioso HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. dedica a este tema. Destacamos *La emigración canaria a América (1765-1824)*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996; o *Canarias: la emigración*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1995. Asimismo, destacamos los estudios de RODRÍGUEZ CAMPOS, M. *La libranza del sudor*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1989 y de Javier Díaz Sicilia: *Al suroeste la libertad. Inmigración clandestina de canarios a Venezuela. 1948-1951*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.
- ³ Para una introducción al estudio de la figura del canario en la literatura venezolana, véase CONCEPCIÓN LORENZO, N.M. “Ciudadanos de la ficción”, en *Imagen*, Caracas, Consejo Nacional de la Cultura, nº 1, 1999, pp. 57-59.
- ⁴ José Antonio Rial sufrió prisión política entre 1936 y 1943 en cárceles falangistas españolas. La prisión de Fyffes fue uno de sus encierros. En esta improvisada cárcel, un antiguo almacén cedido por una compañía inglesa exportadora de frutos para el encierro de republicanos, convivió Rial con otros intelectuales canarios del momento como Domingo López Torres. Fruto de esta experiencia es la novela *La prisión de Fyffes*, Caracas, Monte Ávila, 1969.
- ⁵ Esta novela tiene dos ediciones. La primera de la Editorial Edime, Caracas-Madrid, 1955, 507 pp. ; la segunda, revisada y resumida por su autor de la Editorial Losada, Argentina, 1961, 301 pp. Esta edición ha sido la utilizada para nuestro trabajo, en adelante pondremos el número de página entre paréntesis.
- ⁶ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. habla de una emigración clandestina que rondaría entre las 6500 y las 8000 personas. Establece también las condiciones de esta emigración, que coinciden totalmente con las descritas por José Antonio Rial en su obra. Véase HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. *Canarias: la emigración*, op. cit.
- ⁷ RODRÍGUEZ CAMPOS, M. establece que desde el inicio de los grandes movimientos migratorios a Venezuela, el transporte de emigrantes se convirtió en un negocio muy rentable. En los primeros momentos, hacia 1855, muy pocos canarios podían sufragar el gasto del viaje, imponiéndose el sistema de contratas, por medio del cual un agente de inmigración pagaba el valor del pasaje. A cambio, el isleño era obligado a trabajar para dicho agente. Véase *La libranza del sudor*, op. cit. pp. 206-210.
- ⁸ GARCÍA RAMOS, J.M. *Por un imaginario atlántico*, Barcelona, Montesinos, 1996, p. 174.
- ⁹ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. habla del doble rechazo, étnico y social, que sufrían los canarios de clase social baja por parte de los criollos. El estudioso recoge unas palabras de Mariano Picón Salas que explican este rechazo: “la tosquedad de modales, su ignorancia y falta de cortesía era lo que los patricios criollos satirizaban, por sobre otra cosa, de los inmigrantes canarios”, en *La emigración canaria a América (1765-1824)*, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996, p. 274.
- ¹⁰ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. *Canarias: la emigración*, op. cit. p. 144.
- ¹¹ GREGORIO GIL, C. *Migración femenina, su impacto en las relaciones de género*, Narcea Ediciones, Madrid, 1998, p.24.
- ¹² Remitimos a la obra de PFEIFFER, E. *Exiliadas, emigrantes, viajeras*, Iberoamericana, Madrid, 1995. En esta obra, una importante representación de escritoras latinoamericanas debaten sobre su propia experiencia migratoria.
- ¹³ BAJTIN, M. op. cit. p. 31.
- ¹⁴ CONCEPCIÓN LORENZO, N.M. “Ciudadanos de la ficción”, op. cit. p. 59